

4429 - El mundo blanco y negro

- ¡No toques eso!

Estas palabras fueron las últimas que oyó Marco, porque, justo en ese momento, con un reloj muy antiguo en la mano, desapareció. Lo primero que notó era que había caído desde un sitio muy alto, le dolían todos los huesos. Nada más abrir los ojos, visualizó un árbol enorme, más alto que un rascacielos. Por sus ramas correteaban animales extravagantes: un dinosaurio, un perro con ocho patas...

Se guardó el reloj en el bolsillo rápidamente. Él había caído en una de las ramas más gruesas, donde una ardilla gigantesca le miraba fijamente. Marco se sorprendió, pero reaccionó rápido y echó a correr, alejándose de allí. Se acercó al final de la rama y saltó. No le importó nada. Lo último que escuchó fue el gruñido de furia que soltó la ardilla, puesto que se le había escapado. Al aterrizar, no sabía donde estaba. Oyó una voz, pero no entendió nada. Al levantar la vista, se encontró con unos ojos negros, mirándole con curiosidad. Era una chica de su edad, tenía el pelo rizado, y la piel casi transparente. Transmitía tristeza. Era un poco más pequeña que él. Marco se levantó rápidamente y miró a su alrededor, extrañado. ¡Todo era blanco y negro! Se miró a sí mismo, pero él seguía llevando su camiseta favorita, de color verde, y unos pantalones marrones. Se acercó a la chica para preguntarle, pero ella le fulminó con la mirada. Tras unos segundos mirándose, finalmente le invitó a seguirle, y le llevó a un lago. Allí había más jóvenes de su edad, todos iguales a la chica. Por el camino, observó el entorno, y quedó desolado: la hierba era negra, el agua, blanca, y las nubes eran muy visibles, puesto que el cielo estaba hecho de pura oscuridad. Un chico alto, de pelo rizado y con unos ojos iguales a los de todas las personas que había visto, le entregó un móvil y unos auriculares. Marco los recibió encantado, y se fue a sentar en la hierba. Se podría decir que no era muy sociable. No obstante, antes incluso de que se pusiese los auriculares, notó algo. La chica de antes le había tocado el hombro tímidamente. Se miraron a los ojos durante unos instantes, ella parecía arrepentida.

- Hola, me llamo Sofía. Perdona por lo de antes, no llevo un buen día.

- Hola, yo me llamo Marco. No te preocupes -ahora era él el que estaba arrepentido por haber reaccionado así.

Siguieron hablando, y descubrieron que tenían mucho en común. Pronto se hicieron amigos. Cuando ambos se quedaron callados, sin saber que más decir, Sofía sacó unos cascos y se los puso. Marco se puso también sus auriculares, hasta que, de pronto, ella se apoyó en su espalda. Además, juntó sus brazos con los de él, creando una especie de cadena. Así parecía más tranquila. Marco no le dio importancia, y cerró los ojos disfrutando de las canciones que estaba escuchando.

Unos minutos después, abrió lentamente los ojos. Sofía seguía en la misma posición. Parecía que estaba dormida. Marco se liberó, con cuidado de no despertarla, y se levantó. Tenía las piernas entumecidas. Se giró sin hacer ruido, y quedó embobado mirándola y reflexionando. Pero todo iba demasiado bien. Una vez se hubo quitado los auriculares, miró a su alrededor, abandonando sus pensamientos. Lo que notó hizo que un escalofrío le recorriese de la cabeza a los pies. Silencio. Todos habían desaparecido, estaba solo. Absolutamente todo estaba de color negro. No podía ver nada. De pronto, apareció en su casa. Estaba con sus padres, comiendo y riendo, hasta que recibieron una llamada y comenzaron a llorar. Era un recuerdo... Marco comenzó a hiperventilar y rompió en llanto. No quería volver a vivir eso. No quería volver a sentir lo que sintió al descubrir la muerte de su abuela. Miró al suelo, intentando controlarse. Pero logró lo contrario al ver los charcos de color negro que se habían esparcido por el suelo. Eran sus lágrimas. Se miró las manos y, horrorizado, descubrió que eran casi transparentes. Entonces comprendió algo. Se estaba volviendo como los demás adolescentes. Y no lo iba a permitir. Decidido, dejó su mente en blanco y cerró los ojos. Cuando los abrió, estaba de nuevo en el césped. Se puso a gritar,

despertando a todos y reuniéndolos a su alrededor. Solo había un problema. ¿Cómo iban a salir? Entonces, notó algo en su bolsillo. ¡El reloj de su abuelo!

- ¡Juntad vuestras manos! -gritó. Todos le hicieron caso, algo extrañados, colocándose en círculo. De pronto, un gruñido les hizo temblar. ¡Era la ardilla! Echó a correr, pero Marco fue más rápido. Sacó el reloj, el cual, mágicamente, les llevó de vuelta a su mundo. Allí, todos recuperaron los colores que habían perdido, y volvieron a ser felices.